

LA SOCIALIZACION DE MUJERES DE LOS SECTORES POPULARES URBANOS

Un estudio de caso

Yolanda Puyana y
Juanita Barreto

Profesoras Dpto de Trabajo Social, U. N.

El presente artículo forma parte del estudio **Historias de la Vida de las Madres Comunitarias¹ - Una Investigación para la formación**, el cual es a su vez el punto de partida de una investigación más amplia que las autoras adelantan sobre **La vida cotidiana de la mujer de sectores populares y sus procesos de socialización**.

Se formula en primer término una síntesis de los planteamientos teóricos en los cuales se fundamenta la Investigación; posteriormente se relatan vivencias de la infancia de las Madres Comunitarias, y algunas de las características generales de sus procesos de socialización, conocidas a partir de la reconstrucción de las Historias vitales de un grupo de mujeres con una edad promedio de 35 años, la mayoría de las cuales son migrantes y de origen rural, que apenas han cursado algunos años de escolaridad, todas residen actualmente en barrios de Bogotá clasificados por el DANE como de 'estrato bajo'.

La técnica de investigación empleada fué la historia de vida, entendida como la recuperación de los principales acontecimientos del

ciclo vital del individuo. Dichos relatos son retomados textualmente, para después someterlos a un análisis de su contenido. Este proceso fué asesorado por Ligia Echeverry, Antropóloga de la Universidad Nacional.

Considerando que la función socializadora de la Madre Comunitaria, constituye el interés central del estudio, fué necesario caracterizar y analizar los procesos de socialización y su significado asumiendo como fundamentos los aportes del Psicoanálisis y la Sociología al respecto. El Psicoanálisis en cuanto ilustra sobre los procesos de formación del inconsciente y la construcción de la identidad; la Sociología, porque explica la inserción del individuo en el orden social.

1. La construcción de la Identidad:

Cuando nace el niño se encuentra en una relación simbiótica con la madre, forma parte de ella, existe una coadaptación entre la figura materna y la satisfacción de su necesidad de alimento y protección. A través de la búsqueda incesante de placer asociado en un principio al alimento, se generan procesos de identificación primaria con la madre, objeto primordial de deseos y afectos: "Si su hambre se satisface de modo que el niño no tenga que utilizar todas sus energías es positivo: dispone de un excedente para el desarrollo físico y mental. El niño obtiene de ese excedente las primeras sensaciones de placer de su propio cuerpo y la primera orientación positiva hacia el mundo exterior: una relación de confianza con su madre, pronto reconocida como la fuente básica de satisfacción". (BENEDEK: 1978, 151)

La dialéctica entre el placer y el displacer producen en el niño un reconocimiento de sí mismo como objeto diferente al ser amado, como alguien que está solo. Ese primer momento se denomina identificación primaria, es el proceso fundamental para la adquisición del lenguaje y la introducción en el orden simbólico. "La identidad comienza a ser ese esbozo inicial de reconocimiento de sí mismo en una imagen, en el espejo, en un nombre, en algo que es objeto de un afecto del otro y si no es objeto del afecto del otro no se reconoce nunca" (ZULETA, 1985, 58). Las elaboraciones psicoanalíticas han demostrado que el lenguaje se origina en la carencia, en la búsqueda del otro, en el reconocimiento de la soledad y de la muerte, del ser y del no ser. (FREUD, LACAN)

“En todos los desarrollos del ego que representan una transición de la pasividad a la actividad, la identificación es el mecanismo significativo. Resulta así que la incorporación auditiva de palabras es un factor crítico en la maduración del niño. El niño que mamó del pecho de la madre, reemplaza esto introyectando una nueva sustancia: los sonidos que ella emite. Además ello permite al niño repetir activamente esta vieja y pasiva gratificación. Sustituye entonces la pasividad y el apego a la madre, por la actividad y la identificación con ella a través del lenguaje” (LORENZER, 1973,620).

El proceso de evolución del niño requiere del paso hacia otro tipo de identidad denominada secundaria, producto de la transición de la relación diádica inicial con la madre productora del placer, a una relación triádica con el padre representante de la ley. El Complejo de Edipo es en un sentido la relación entre el placer y la norma, y al mismo tiempo es la producción de un sujeto sexualizado y capaz de proyectarse e interactuar con la sociedad. Se ingresa a una estructura triangular en la que se organizan las pulsiones y las formas iniciales de identidad: “Es la producción de un sujeto del deseo, de la palabra, de una palabra que pueda hablar en nombre propio, de alguien que se reconozca con una identidad” (ZULETA ob. cit., 154).

Con el proceso de identificación, el individuo construye su realidad, una realidad simbólica porque está sometida a un ordenamiento a leyes, a estructuras, a normas y a contextos, mediatizada por el lenguaje, instrumento fundamental de la interacción humana; pero una realidad a la vez imaginaria, producto de las vivencias y de la historia personal del sujeto.

La construcción de la identidad es al mismo tiempo la construcción del inconsciente, de vivencias particulares que van a depender de la historia de cada individuo con los objetos amados y se van a reproducir continuamente en la vida adulta. Pertenecen al inconsciente “las imágenes primordiales que tienen un peso sobre nuestra vida y constituyen por así decirlo, la organización escénica de nuestros deseos, y nuestros temores” (ZULETA:, *ibídem*). El inconsciente se expresa a través de símbolos, en las actitudes, en las conductas, en los sentimientos y en general en las formas de interacción con otros hombres. Es activo, el núcleo de nuestra existencia, el motor del deseo y del temor, condiciona nuestro hacer, los objetos elegidos y a la vez la inhibición, el síntoma, la angustia, lo que es inaccesible e

imposible. Las vivencias reprimidas, los procesos de identificación de la infancia, permanecen en el inconsciente y se expresan durante el resto de la vida.

La teoría psicoanalítica va a demostrar que el proceso de socialización conlleva la formación del inconsciente, la adquisición del lenguaje, la confrontación con la norma y la construcción de la identidad. El lenguaje desempeña un papel fundamental, en cuanto síntesis de los procesos de reconocimiento de un mundo objetivado y nombrado previamente, y de asunción subjetiva del mismo, al conferirle significaciones particulares referidas a las vivencias personales: “...el sistema de lenguaje proporcionado no tiene otros elementos constitutivos que la multitud de procesos prácticos de carácter dialógico, que en su conjunto se encuentran inmersos en la praxis desarrollada por la sociedad global... puesto que la introducción del lenguaje brota directamente del intercambio gestual, en el proceso de la iniciación en el lenguaje la praxis se integra en su respectiva determinación histórica, en el juego de la formación de contenidos conceptuales...” (LORENZER: 1973, 65).

2. La Inserción en el Ordenamiento Social:

Entendida la socialización como “la inserción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él” (BERGER Y LUCKMAN, 1979, 166), supone un orden social independiente, preexistente e histórico. El individuo nace en un mundo social objetivo, en una estructura social legitimada, estratificada y donde se desempeñan diferentes y determinados roles construidos históricamente. Esa realidad es cambiante y aprendida e interiorizada por los sujetos.

Los procesos de externalización, objetivación e internalización, productos del encuentro del individuo con el medio social, constituyen la esencia de la socialización. El primero y el segundo, comprenden el reconocimiento de ese ordenamiento social y de la interpretación mítica, religiosa o científica del mismo; en general, de la realidad externa al individuo y de los razonamientos que se hacen sobre su significación; el tercero, es producto de las vivencias de cada sujeto en particular, significando la construcción de una historia única de inserción en la sociedad; es el proceso de apropiación de la realidad exterior y de construcción de los significados que cada individuo le confiere. (cfr. en

BERGER Y LUCKMAN, ob. cit).

“En la vida de todo individuo existe verdaderamente una secuencia temporal, en cuyo curso, es inducido a participar en la dialéctica de la sociedad... la internalización constituye la base, primero, para la comprensión de los propios semejantes y, segundo, para la aprehensión del mundo en cuanto realidad significativa y social... aprehensión que comienza cuando el individuo ‘asume’ el mundo en que ya viven otros y una vez ‘asumido’ puede ser modificado o hasta re-creado” (ob. cit., 165).

Los procesos iniciales mediante los cuales el individuo se convierte en miembro de una sociedad, constituyen la socialización primaria. Al niño se le sitúa en un lugar específico dentro de la estructura social a la vez que recibe unos significantes que le son presentados como realidad objetiva, dependientes al mismo tiempo de la interpretación del mundo social elaborado por otros. Se genera en el niño una abstracción progresiva que va desde la aceptación de la norma y roles porque provienen de otros referentes particulares, hasta la aceptación de los mismos como referentes generales! “la universalización de la norma manifestada en el lenguaje que oscila entre mi mamá está enojada conmigo por que derramo la sopa, hasta ‘uno’ no debe derramar la sopa” (BERGER, ob cit., 169). La expresión ‘uno’ connota una autoidentificación e introyección de la norma independientemente del sujeto que la ha establecido; con el lenguaje se traduce una realidad subjetiva en objetiva, se internaliza el mundo de otros significantes como el único mundo existente. El proceso de socialización primaria finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo.

La institución encargada por excelencia de dicho proceso es la familia; en el grupo familiar el niño vive los procesos de identificación, adquiere el lenguaje, llamado no por azar ‘materno’, se forma el inconsciente y se introyecta la normatividad social, todo ello en consonancia con las múltiples relaciones derivadas de la pertenencia a una determinada clase social.

La socialización secundaria comprende la internalización de submundos institucionales, cuyos alcances y limitaciones están determinados por la complejidad de la división social del trabajo, las necesidades que la sociedad tiene de formar la fuerza de trabajo e

insertar a los individuos en la dinámica institucional. Impulsa la adquisición de campos semánticos que estructuran interpretaciones y comportamientos con cierto grado de especialización, que van desde un lenguaje sencillo hasta complicadas construcciones mitológicas. Se reproducen procesos de identificación de menor intensidad que los ya referidos en la socialización primaria. Los principales vehículos de socialización secundaria son las instituciones educativas, los medios masivos de comunicación y la comunidad.

Los anteriores planteamientos fueron base para formular las hipótesis centrales del estudio en las cuales se afirma que:

- Los procesos de socialización generan en los individuos una interiorización de la realidad que va a moldear su función social por el resto de su vida, propiciándose una tendencia a reproducir dicha realidad cuando se realizan nuevas funciones socializadoras.

- En la sociedad actual los jardines infantiles, y en nuestro caso particular los Hogares de Bienestar, asumen progresivamente funciones de socialización primaria, realizadas anteriormente de modo casi exclusivo por la institución familiar; en ellos se producen situaciones plenas de cargas emocionales en las que la Madre Comunitaria revierte en el niño sus vivencias infantiles, su capacidad de amar, sus logros, aspiraciones y frustraciones, y en general su identidad.

- En el proceso de socialización se reproduce lo que cada uno es: las actitudes ante la vida y la muerte; las inhibiciones y la creatividad; las gratificaciones y los conflictos; las relaciones afectivas con la pareja y con los hijos, y la tradición cultural, con sus ideas, valores, creencias, costumbre y experiencias de interacción con los otros y con el entorno.

Tales hipótesis orientan nuestro acercamiento al estudio del ciclo vital de las Madres Comunitarias, del cual se presentan a continuación los rasgos más significativos de su infancia, periodo que va desde su nacimiento hasta la iniciación de su vida adulta, la cual, para las mujeres de sectores populares se produce por lo general alrededor de los 15 años.

2. LA INFANCIA DE LA MADRE COMUNITARIA

“Lo que se define como niñez en una sociedad puede muy bien definirse como edad adulta en la otra, y las implicaciones sociales de la niñez pueden variar mucho de una sociedad a otra”. Berger, (1979)

La categoría infancia responde a una forma específica como la sociedad fija una etapa de la vida diferente a la adultez, haciéndose énfasis en los procesos de socialización, en la formación del individuo para insertarse en el medio social. La cultura, las concepciones y significaciones de los agentes socializadores moldean una infancia específica, diferencial por clase social y por género en una misma sociedad.

En la infancia de la Madre Comunitaria, se violan los derechos porque el trabajo intenso, las deprivaciones psicoafectivas, la desintegración de la familia como consecuencia de todo tipo de eventualidades, constituyen los elementos dominantes del relato. Se gesta una historia, sujeta a la lucha por la supervivencia y la sobrecarga de responsabilidades que da origen a adultas-infantes. Adultas, consecuencia de los roles sociales adscritos, niñas por cuanto las posibilidades de desarrollo intelectual son mínimas y el proceso de socialización se realiza por medio del trabajo. La niñez como categoría especial probablemente no existe para los padres, la niña se inserta al mundo ya fijado por los adultos, y entra a competir en él a través del trabajo.

Los relatos que se exponen a continuación ofrecen elementos para entender algunas realidades de esta infancia. Si bien son manifestaciones incompletas de la vida cotidiana, en algunos casos bloqueadas por el temor a revivir vivencias amargas, se mencionan los aspectos más relevantes: la relación con los padres y hermanos, el trabajo, el juego y la participación en fiestas y celebraciones. Hemos seleccionado apartes de las narraciones sobre la infancia de mujeres de origen rural y urbano, de varias regiones del país, que presentan aspectos comunes a las 21 entrevistas profundas realizadas, a la vez que situaciones particulares.

A. LA INFANCIA

1. Condiciones Familiares.

La infancia de la Madre Comunitaria transcurre en medio de pobreza extrema, persistiendo una referencia a todo tipo de calamidades en las tres cuartas partes de los casos: En el campo, por los desplazamientos continuos o la migración a la ciudad a consecuencia de la violencia, las quiebras de la frágil economía campesina o de los negocios desafortunados. En la ciudad accidentes ligados a condiciones de miseria, y separaciones conyugales, generaban nefastas consecuencias en los niños. Es común la referencia a casos de mortalidad infantil, a muertes desafortunadas de los padres, o de un número cuantioso de hermanos, y a la falta de atención de salud. Las calamidades afectan de inmediato la vida del niño, generando sentimientos de temor y abandono y sobrecarga de funciones, pues de inmediato debe garantizar su subsistencia e incluso la de sus hermanos. En general han sido familias sin ninguna seguridad social en las que cualquier calamidad expone al niño al riesgo de abandono.

Las situaciones mencionadas se detallan acertadamente en los siguientes relatos:

“El viejito entonces tenía un taller de plomería, con maestros, y todo eso y mi mamá era la que trabajaba aquí y se quemaba las manos, y el cuchito mientras tanto en sus parrandas... Nosotros vivíamos en el primer piso mi mamá se iba y nos dejaba encerrados bajo llave hasta que llegara mi papá o una tía...”

(Martha, 42 años, origen rural, Cundinamarca)

La mamá se fué un día, el papá los repartió entre las tías y éstas resolvieron internarla de sirvienta. Con frecuencia se sintió discriminada en la casa de sus parientes, nunca volvió a ver a la mamá y con el papá sólo mantiene una relación distante.

María, bogotana de 29 años narra:

“Cuando pequeño uno siente mucho la separación de los padres, pero a medida que va pansando el tiempo uno lo siente más, porque ya uno ve cómo es la vida y empieza a

sufrir por la falta de la mamá y del papá, entonces por eso sufrimos...”

La mamá supo que él había estado casado con otra, después de haber convivido varios años; la relación se volvió “hosca”.

“Mi padre fué un hombre de camisa almidonada, se cambiaba todos los días, pero después que se separó de mi mamá, se descuidó, fué embolador, zorrero y nos llevaba a nosotros... nos tocó muy duro... Yo me fuí a vivir con mi papá, porque mi mamá cogió a los pequeños y mi papá a los grandes, eso fué como una repartición de objetos”.

Campesinas y ciudadinas, son socializadas por la madre o por la hermana mayor en su reemplazo; aprendieron por su intermedio que ser mujeres significa realizar el oficio doméstico o adiestrarse en trabajos artesanales con los cuales generan ingresos.

La interacción con la madre oscila entre el afecto y el temor; el primero por la protección que le ha brindado, el segundo porque al mismo tiempo prohíbe y maltrata en ejercicio de su función socializadora. En la cuarta parte de los casos se manifiesta pérdida de la madre, bien sea por muerte o por abandono, sin que el padre la sustituya. Se provoca como consecuencia la disolución del grupo familiar o el trabajo sustitutivo de las hijas de más edad. En el 70% de los relatos, el padre está ausente del hogar, como efecto del abandono o la separación de la pareja después de un conflicto. Sólo en la tercera parte de los casos el padre se constituyó en un referente afectivo satisfactorio durante la infancia. La falta de esta figura en el proceso de socialización puede producir temores e inseguridades en su vida afectiva adulta, de manera que la niña construye su identidad teniendo como referente más directo a la madre.

2. El trabajo infantil

El trabajo se constituyó en un acontecimiento predominante durante la infancia y condicionando la participación escolar, el juego y el uso del tiempo libre de la niña. En general el niño de los sectores populares se socializa a través del trabajo, pero como consecuencia de la división sexual, a la mujer se le impone el rol doméstico y las labores derivadas de dicha actividad. La niña acepta dicha situación como si

fuera una tarea derivada de una función natural, la de ser mujer, respondiendo así al rol impuesto por la cultura para ella. Además del trabajo doméstico, las demás características del trabajo infantil, son dependientes de la actividad económica fundamental de los padres, percibiéndose tres modalidades:

- Los habitantes del campo quienes desarrollan intensas jornadas de tareas agrícolas y pecuarias, apoyando faenas 'propias' de la mujer, como la alimentación de los trabajadores durante la siembra y cosecha. Narra Juana de 43 años:

“A la edad de 7 años, mis labores eran ir a acompañar a mis padres al ordeño, llegábamos, desayunábamos y era a sacar las gallinas, darle de comer a los animales (chivos, vacas, cabras, aves)... a las 10 de la mañana empezábamos a arrimar el agua a la cocinera, nos tocaba en choroticos... a las 11 u 11:30 salíamos con el almuerzo, estábamos llegando tipo 2 o 2:30 otra vez. Y llegábamos los unos arreglábamos la cocina, otros cogían y alistaban la comida, porque en ese tiempo la comida se daba a las 5 de la tarde y de ahí dejar la cocina arreglada y dejar papa pelada para el caldo del desayuno. A nosotros nos tocaba en ese tiempo muy pesado”.

Como consecuencia de la falta de oportunidades de empleo, y como medio para compensar la falta de ingresos de la familia, la niña es trasladada del campo a la ciudad como empleada del servicio doméstico, desde antes de los 10 años. Se presenta por lo general una sobreexplotación de su trabajo, y al ser la familia quien acuerda con los patrones algunas modalidades de pago: bien sea a través de bajos salarios o simplemente garantizando el alojamiento y la comida necesaria para su subsistencia, se relata con frecuencia el caso de la patrona maltratante. Sólo una vez se presenta la situación contraria, cuando esta reemplaza a la madre, apoyando a la servidora doméstica y continuando el proceso de socialización, así comenta Manuela, originaria de Caldas, de 37 años:

“Cuando mi papá se arruinó, vivíamos muy mal, mi hermana le dijo a mi papá que como estaba acostumbrada a trabajar, en casa de los ricos querían una sirvienta... a mí me pareció rico ir a Bogotá y me vine. Entonces mi papá y mi hermana habían hecho el negocio de que me pagaban \$10.00

mensuales y que ella vería cómo me educaba. Entonces yo me convertí en la niñera, en lavar pañales... Cuando no hacía las cosas me pegaba, me castigaba, como yo nunca estaba acostumbrada a usar zapatos, pues los rompía, entonces me dejó descalza... me daba unas trillas, me pegaba con un cable, me levantaba a las 4 de la madrugada y me echaba valdados de agua helada... Ella me daba un pedacito de colchón y el colchón de tanto orinarme se pudrió, me lo mandaba secar y como me molestaba, lo boté... Me tocaba dormir en periódicos y arroparme con un pedazo de tapete viejo.”

Martha de Fontibón de 42 años refiere:

“Esa señora era muy sádica conmigo, pues a todas las niñas que llegaban a su trabajo las hacía meter las manos en los sifones... una así que responsabilidad puede tener?, de pronto, me dejaba en ayunas y sin comer hasta que limpiara eso... a la edad de unos 7 u 8 años, tal vez la edad en que uno puede medio ganarse la vida, un plato de comida”.

De esta manera el oficio doméstico remunerado se constituye en la actividad puente entre el campo y la ciudad, en cierta medida una forma agreste y violenta de integración cultural, que ofrece todo tipo de contrastes entre su infancia ajena a cualquier derecho y la de otros niños plenos de ellos.

El negocio familiar de los padres constituye otra modalidad de trabajo infantil, al cual se vincula la niña como ayudante, sin ninguna remuneración. Son estas las actividades propias del llamado sector informal de la economía, como la producción y venta de comida o la recolección y mercadeo de la basura.

Cecilia de Bogotá, de 30 años comenta:

“Yo pongámole de los 10 años para arriba, eso si era la mano derecha de mi mamá y eso que era lo que tocara, que cocinar, que arreglar piezas, que arreglarle la cocina, porque vivía muy esclavizada del negocio que tenía mi mamá, no había el día domingo... Nosotros somos 9, y bien pequeñita crié a una de mis hermanas, a mí antes me molestaban mucho y me decían que era una viejita”.

Apenas el 10% de los casos comenta una infancia con una situación diferente, poco trabajo doméstico, más juego y menos maltrato. Entre ellas se presentan particularidades comunes como: las de ser hijas menores, más jóvenes - en la actualidad apenas alcanzan los 25 años - y oriundas de Bogotá.

La información presentada coincide con otras investigaciones recientes sobre el trabajo infantil en el país en las cuales se afirma que el niño realiza una intensa jornada laboral desde edades tempranas, por lo general dependiente de la actividad económica de la familia, persistiendo una división sexual del trabajo que moldea a las niñas en el trabajo doméstico no remunerado y que la obliga a vincularse laboralmente a actividades económicas derivadas de este oficio. (Ayala, 1981; Salazar 1989; Gutierrez 1985).

Si bien los estudios citados obedecen a investigaciones de tipo sincrónico sobre la población infantil actual, las historias de vida de nuestro estudio, demuestran una tradición cultural consistente en socializar a los niños en el trabajo, en medio de jornadas laborales intensas, maltratantes y sin ningún reconocimiento de sus derechos. Los casos en los que no se presenta este fenómeno con la misma intensidad ofrecen elementos para establecer sólo como hipótesis, una tendencia a disminuir la sobre-explotación del niño a medida que la población se urbaniza. Sin embargo, estas hipótesis sólo pueden ser constatadas a través de estudios generacionales más específicos.

3. El juego una actividad prohibida

El juego ocupa un lugar secundario en los relatos de la infancia: las tres cuartas partes declaran que jugaron muy poco, les prohibían jugar, porque la función fundamental determinada por los padres era trabajar.

“Los juegos eran con tusas, con un perro chiquito. A mi mamá no le gustaba que jugáramos porque teníamos que trabajar, que hacer oficio... Apenas se iba a llevar la costura, nosotros rápido poníamos las ollas, a las escondidas, la una se escondía del perro y la otra la buscaba... Esta es la hora que mi mamá no sabe que nosotras jugábamos”. (Dolores, 49 años, rural, tolimense).

En otros casos no se mencionaba el juego en el relato, silencio sintomático de la creencia del mismo como actividad infantil. Las mujeres son enfáticas en declarar que carecían de juguetes; mientras en el sector rural son rememorados los juegos con animales o con elementos de la naturaleza y se inventaban los juguetes, imitando los oficios propios del campo, en la ciudad son rememorados los juegos de pelota e incluso el fútbol. Las amistades en los juegos se mencionan poco debido al aislamiento del lugar de la residencia, -en especial cuando habitan en el campo-, cuando trabajaban y por la prohibición expresa hecha por los padres, de jugar y de tener amigos.

Como consecuencia de la división sexual del trabajo, algunas actividades son permitidas como juego para las niñas mientras otras son prohibidas:

“Yo me salí a la calle a jugar con un niño vecino a la pelota, entonces me dijeron -Ah, ya va a coger la calle, que ese no es juego de niñas, jugar pelota con los varones, eso era delicado... delicadísimo. Por eso me colocaron en una casa de familia”. (Juana, 43 años)

Cuando la niña crece se acentúan las prohibiciones, obligándola a actuar como mujer y disminuyendo al máximo las actividades lúdicas. En todos los casos los padres reconocen en el juego una actividad negativa, contraria al trabajo, una pérdida de tiempo perjudicial para el niño.

Reflexionar sobre la falta de juego durante la infancia de quienes son hoy las educadoras de los niños, es fundamental porque cuando se socializa se reproduce lo vivido a nivel inconsciente. La falta de juego por ejemplo, condiciona la expresión corporal, impidiendo que se desarrollen las partes del cuerpo que no se usan en el trabajo doméstico y limitando otros movimientos. Por eso, no es extraño encontrar mujeres que no son capaces de saltar lazo en un sólo pié o de relajar el cuerpo.²

Cuando se emplea poco la imaginación en los juegos infantiles es difícil construir fantasías y contribuir a desarrollar la creatividad en el niño. Lo mismo puede decirse de la expresión verbal, si las posibilidades de comunicación con los infantes o con otros adultos son mínimas e incluso inexistentes, el silencio y la inexpresión de sentimientos se convierten en costumbre y traen como consecuencia la timidez y el

temor constante a decir lo que se siente.

4. El Castigo y los premios

Una concepción autocrática de la función paterna, trae como efecto que los castigos drásticos, acompañados de maltrato físico prevalezcan en el 80% de los casos. Las personas maltratantes han sido: la madre por lo general a nombre del padre, los parientes y las patronas. En los relatos se muestra un ciclo completo de violencia intrafamiliar proveniente del padre hacia la madre, de éstos hacia los hijos y del hermano mayor hacia el menor. El golpe más común se hace con “fuate” con el cable de la plancha, con palos de totumo y con el revés de la peinilla. Aparece en el relato uno de carácter especialmente drástico que repite las torturas propias del período de la inquisición española y se llama el ‘del ahumado’.

Así lo describe Esther, 30 años, oriunda del sector rural de Cundinamarca:

“Con mis primeros hermanos él fué tremendo, los colgaba de una viga y les daba juete y cuando era mucho castigo prendía llamas en la mitad del patio y los colgaba, entonces ellos estaban para ahorcarse cuando él los bajaba de allá. Pero a mí nunca llegó a hacerme ese castigo, por ahí me pegaba con un bagazo o con el sombrero”.

El seguimiento detallado del castigo citado a través de comentarios entre las mujeres de Ciudad Bolívar, ofrece elementos para concluir que se usa por campesinos provenientes de varias regiones culturales como Santander, Tolima y Cundinamarca, es tradición generacional y en un caso específico una madre comunitaria lo asoció con la locura del hermano. Otras torturas consisten en amarrar a los niños y dejarlos expuestos al frío y al sol o tirarlos a una laguna y sacarlos cuando se van a ahogar. Existe un consenso entre la población entrevistada para afirmar que el maltrato ha sido intenso y frecuente en las generaciones anteriores, es decir, la de sus padres y abuelos.

En la mayoría de los casos la causa de los castigos es la no realización del oficio doméstico o hacerlo mal, existiendo formas de castigo apropiadas a dicha situación como relata Clara de 30 años, de Tumaco:

“Cuando la ropa no quedaba suficientemente blanca, mi abuela nos hacía tomar el agua”.

O como narra Gloria de 48 años de origen santandereano:

“Cuando no hacíamos bien las arepas, nos ponían las manos sobre la estufa”.

El castigo violento es la manera tradicional como se concibe la transmisión de autoridad por parte de los padres. Un adagio popular enuncia que al niño “se educa con el juguete en una mano y con el pan en la otra” y estas mujeres ahora adultas justifican el castigo y el maltrato como método educativo, pues gracias a éste “aprendieron a trabajar, ahora son lo que son, son personas de bien”.

En cierta medida se aprecia como buen padre o madre a quien trata de corregir con violencia las tendencias consideradas por ellos como negativas en el niño, son ellas: “jugar en vez de trabajar, pasar el tiempo con los amigos, no quedarse en casa, poco deseo de cumplir con los oficios designados, relacionarse con otros niños o desconocidos, gozar de los elementos que les proporciona la naturaleza”.

En contraste el premio, el estímulo al trabajo aparece muy poco en los relatos sobre la infancia. Las prohibiciones a las niñas como forma de castigo, se acentúan tan pronto como van creciendo por temor a las posibilidades de trato familiar con los hombres, miedo a que sean robadas o violadas. Aparecen estos elementos reiteradamente justificando medidas como el desplazamiento de las niñas a otros lugares o el internado en casas de familia.

Con la información sobre el maltrato y el castigo, se corrobora una práctica común en nuestra cultura, que ha sido denominada : **La Violencia Intrafamiliar**³.

No conocemos sin embargo un trabajo diacrónico intergeneracional para relacionar las formas de maltrato con las edades y el espacio donde se presenta, así podrían comprenderse las tendencias al respecto y constatar un aumento o disminución de ésta práctica como tratamiento socializador del niño.

5. Las celebraciones

En la infancia el evento festivo más importante fué el día de su Primera Comunión, y en él, el uso del vestido blanco, la comida y algún acto de solidaridad de su familia u otro pariente. Apenas en un caso la niña no hizo su primera comunión por abandono de sus padres. Las campesinas participaron en la celebración como consecuencia de las misiones católicas que llegaban al campo a ofrecer los sacramentos a la población. La Primera Comunión era un medio para santificar el niño; se hace con esfuerzo la celebración, pero en varios relatos aparece de nuevo el aumento de trabajo como consecuencia del apoyo que se le brinda a la niña para dicho evento.

Así lo narra Manuela, originaria de Caldas, de 37 años:

“Mi hermana me puso a hacer la primera comunión para ver si dejaba de ser tan diabla y me volvía santa. Entonces me llevaron a la Iglesia de la Santísima Trinidad y yo feliz porque verme vestida de blanco y toda esa cosa. Entonces, me puse buena gente con mi hermana, por allá sacaron un vestido prestado y me compraron los zapatos, yo quedé hasta muy bonita. A la salida de la iglesia me gastaron desayuno y yo dije: bueno, están botadas. Luego nos trajeron a almorzar donde un tío y ahí paró la fiesta, luego regresamos a la casa y a quitarse el vestido mijita porque se puede dañar. Mis papás no vinieron, para ellos era un hecho sin importancia... Me desvistieron y a ponerse los trapitos viejos, mijita como premio porque hoy nos portamos bien con usted, me tiene que lavar esta talegada de ropa”.

Son estas las únicas celebraciones encaminadas al niño como tal, las demás giran en torno a eventos religiosos, procesiones o rezos especiales, dirigidos en lo fundamental al adulto. Es frecuente que narren “las borracheras” y “las tomatas”, mientras los niños apenas se invitaban a una comida o a unos dulces. Poco se celebran los cumpleaños y los regalos son mínimos reduciéndose a la ropa y a una comida.

6. La escuela

La escuela aparece como institución socializadora por excelencia, pero como ciclo interrumpido por las múltiples responsabilidades que

la niña debe avocar. Sólo el 10 % de los casos, las más jóvenes y bogotanas, se refieren a una escolaridad continuada durante la primaria. El 14.2% nunca entró a la escuela y sólo aprendieron a leer y escribir posteriormente, durante la adolescencia. La mayoría desertó y sólo alcanzó los primeros grados de la primaria. Dicha situación se debió a la necesidad de trabajar en las labores agrícolas y domésticas, cuando los padres veían como poco importante la capacitación de las hijas, especialmente por ser mujeres, porque se vincularon al trabajo doméstico no remunerado o debían trabajar en el negocio familiar o porque la oferta escolar en el sector rural era inestable o insuficiente.

El ambiente escolar en general no es muy gratificante, se emplean castigos duros para hacer aprender a los niños, golpes con reglas en la cabeza o en las manos ocasionando en algunos casos la deserción como refiere Amparo, de Bogotá, de 24 años:

“El maestro nos pegaba cocotazos, nos partía la regla encima de la cabeza... Yo he sido muy tremendita y me ponían a cargar una banca con dos ladrillos y yo tenga esa banca ahí arrodillada”.

Sin embargo no todo el ambiente escolar genera temor, en varias historias se presentan maestros como personajes favoritos, guías solidarios ante el maltrato y el intenso trabajo en la infancia, como relata Martha, de 33 años, zona rural Boyacá:

“Una tía habló con mi papá para matricularme, para que aunque sea aprendiera a firmar y me pusieron a estudiar, entonces me ponían una cantidad de trabajo en la casa, yo tenía que lavar, era lejos donde tenía que lavar, tenía que irme con tinajones de ropa... yo me escapaba de lavar un poquito y media hora a una hora a estudiar para mirar que decía la profesora o que tareas ponía... Un día llegamos a hablar las dos, ella me llamó, muy buena profesora, entonces yo le conté más o menos como era mi vida... como era mi trabajo, pues debido a eso me ponían tareas para hacer en la casa, adelantaba en la casa y yo venía y luego me calificaban... Dejar la escuela fué terrible, fué mi papá el que no quiso darme más estudio”.

Ante las adversas condiciones de la infancia, el trabajo intenso y

el maltrato, la escuela se convierte en una alternativa atrayente para los niños. En consecuencia manifiestan un interés en vincularse al aparato escolar, al considerar el estudio como un mecanismo para la movilidad social, y al referirse con desencanto a la deserción.

B. LA ADOLESCENCIA

La psicología evolutiva ha definido esta etapa como el paso de la infancia a la adultez, caracterizada por una dependencia de la familia de origen, la búsqueda de autonomía y la rebeldía contra las normas construidas. La niña de los sectores populares, por las características descritas con anterioridad, pasa a la adultez sin un período largo de adolescencia, el trabajo precoz genera cierta capacidad para la búsqueda autónoma de mejores condiciones de vida, en algunos casos la relación de dependencia se invierte y se transfiere de los padres hacia las hijas. Otros eventos como el inicio de la vida marital desde los 15 años, con la consecuente maternidad, corrobora la falta de un período de adolescencia. A continuación trataremos algunos rasgos de esta época vital en relación con la menstruación y la sexualidad. Por ello se constata en esta investigación que la adolescencia de la niña de los sectores populares es una etapa casi inexistente.

1. La menstruación

La mayoría desconocía este fenómeno hasta el momento en que se observaron 'manchadas' en condiciones para ellas muy penosas e inoportunas, en consecuencia, vivieron la experiencia con agustia, miedo y temor creyéndose "reventadas por dentro". -El calificativo "me enfermé" denota dicha situación-. La preparación de la niña sobre sus características corporales fue inexistente: la madre por tradición le enseña con su silencio a reprimir lo sexual de su lenguaje, y al no comunicarse con ella al respecto, las hijas responden con la misma conducta, callándose, o abandonando con temor dicha temática. Otras personas que circunstancialmente la acompañan, patronas, amigas o hermanos, se refirieron a la sangre menstrual como "impura, vergonzosa o denigrante", e inculcándole a la niña su deber de "lavar las manchas en silencio", ocultarse y no dejarse ver de nadie.

Martha de Fontibón, de 42 años dice:

"Estaba jugando con unos niños y me veía toda incómoda,

toda empapada, toda mojada, claro yo me puse a llorar. Decía, me corté, me corté y lloraba por toda la casa... Una viejita toda allocita y lo más humana me cogió las manos y me explicó, me dijo que debía hacer, que tenía que ser muy culta, que no tenía que dejarme ver de nadie, que lavara cuando la gente no se diera cuenta.”

Dolores de 49 años, natural del Tolima rural dice:

“A mi me daba mucha pena, me llegó ese mal, mi mamá no me contaba nada. Fué precisamente al otro día que el muchacho me propuso matrimonio, yo amanecí sangrando, yo pensé entonces que cuando uno hablaba con los muchachos y le proponían matrimonio, uno sangraba. Me ponía trapos y corría a enterrarlos al monte... Mi mamá se vino a dar cuenta cuando yo era una señorita”.

A la angustia generada por la ignorancia sobre las características de su cuerpo, y a las vivencias negativas sobre la menstruación, se suma una comunicación materna dirigida a prevenirla en contra de los hombres, a generarle desconfianza por “algo que le pueda pasar”, el temor al embarazo indeseado se convierte en un fantasma generador de todo tipo de temores y de irrespeto a su intimidad.

Dolores continúa relatando:

“Cuando mi hermana se desarrolló, estaba donde una vecina cerca a un río, ella se fué y se metió al río y como allá se lo pasaba metida, se le fué... Ella empezó gorda, gorda y mi mamá le preguntó de quien era lo que estaba esperando...ella lloraba y decía que de nadie. Ellas no sabían nada. Hasta que una señora le dijo a mi mamá que podía ser una regla detenida... Le dieron un remedio y con eso le llegó otra vez. Desde eso mi hermana le tiene rabia a mi mamá”.

Como consecuencia de las actitudes referidas, la jovencita vive culpas, vergüenza ante su propio cuerpo y un temor intenso hacia los hombres, son ellos más bien posibles agresores, pero no entiende porqué. Nadie la ilustra sobre el acto sexual sino que le hacen toda clase de preguntas consideradas vergonzosas por ellas. La actitud de la niña es dual, tiene un sentimiento de rencor hacia la madre, pero en la mayoría

de los casos, las mujeres justifican plenamente su silencio, la consideran “muy culta” porque “nunca se dejó ver” o “dijo algo” o una “mujer muy respetuosa y merecedora del mismo trato”.

Cuando suceden accidentes comunes en la adolescencia como el retraso de la menstruación, también las niñas son sometidas a diversas formas de maltrato. Como comenta Martha:

“Como demoró varios meses en llegar, la patrona me hizo toda clase de preguntas horribles, y me llevaron por ahí, donde un yerbatero que me hizo tomar un tarrado de yerbas, me hinché toda y casi me intoxica. Cuando me llevaron a otro médico, regañaron a la señora y después volví a menstruar común y corriente”.

El desarrollo en la niña no altera en forma sustancial la vida, aunque si aumenta las restricciones y las prohibiciones. Sólo en un caso, una bogotana de 22 años, comentó que tuvo suficiente ilustración por parte de la madre y del colegio, pero sin embargo, se aumentaron los cuidados y el control de sus actos, justificándolos “porque ella era muy loca”.

Acercas de las relaciones heterosexuales, la madre nunca les habló, en la mayoría de los casos, los partos para ellas constituyeron un misterio, porque les habían explicado que “la cigüeña o una partera era la que traía los bebés”. Como comenta Elvira de 43 años mayor de doce hermanos y habitante en el campo, sobre su infancia:

“Yo le preguntaba a mi mami de donde nacen los bebés y ella me decía, pues ay usted si que molesta, los niños los trae la señora Jesús, o sea, la partera... Entonces yo en efecto, veía que se engordaba, pero nunca la llegué a ver que cosiera o que alistara ropa..., jamás... entonces como no le podía preguntar porque me regañaba, yo buscaba en los cajones y le encontraba ropa de bebé”.

También es común que en esta época la niña sienta temor del medio social, de las burlas de los demás ante la evolución de sus órganos genitales. Como comenta Ester de 35 años, rural, Cundinamarca:

“Me daba miedo preguntarle a mi mamá, y no

preguntábamos. Entonces como había señoras, les teníamos confianza y que nos hacían cualquier burla o algo así les preguntábamos, y cuando uno se puso el primer brasier, todo el mundo se reía de uno, si?, ahí que vean, los limones están creciendo, y cosas así. Pues entonces a nosotras nos daba mucha pena, y nos poníamos blusas oscuras que no nos fueran a notar el brasier, eso era un relajo...”.

En “El Segundo Sexo”, Simone de Beauvoir refiere cómo en las sociedades primitivas, se tenía una concepción ambivalente ante la menstruación, se le otorgaban poderes mágicos contra la naturaleza, o se le atribuía la capacidad de producir catástrofes. Con el advenimiento del patriarcado, se le atribuyen toda clase de adversidades y consecuencias nefastas. “En su historia natural dice Plinio: ‘La mujer que menstrua arruina las cosechas, devasta los jardines, mata los gérmenes, hace caer las frutas y mata las abejas; si toca el vino lo vuelve vinagre, agria la leche’ “ (Beauvoir : 1981,191). Entre los sectores populares del país, se ha valorado la menstruación de una manera similar; se le rechaza y se le otorgan poderes destructivos, debe ser silenciada, siendo una expresión del pecado de la humanidad. Plantean las mujeres de los sectores populares, que la menstruación:

“Paraliza serpientes, produce pujo en el niño recién nacido hasta la muerte; pudre la carne, hace caer el pelo; evita que se curen las heridas”.⁴

Para las mujeres, la sangre es vergonzosa, por ello se siente temor cuando presionada por el compañero sexual, deben hacer el amor en el período. Mitos como el que relatamos a continuación, demuestran los poderes mágicos que se le atribuyen:

“Cuando el hombre hace el amor con una mujer menstruando, se le agranda el pene. A un hombre le penetraron tres gotas de sangre y éste le creció como la cabeza de un ternero”.

2. Las primeras relaciones heterosexuales

Las mujeres temen referirse a sus ideas y vivencias acerca de la sexualidad, ya que expresarse al respecto “es pecaminoso”, lo consideran “un irrespeto o falta de cultura”. Sólo se aborda la temática,

a partir de una relación continua con un profesional cuando entra en crisis en sus relaciones conyugales, siendo muy parca la expresión de sus vivencias sexuales en una primera entrevista. Por ello, algunas referencias o relatos son más bien fruto de una observación participante adelantada por profesores y estudiantes de Trabajo Social en Ciudad Bolívar durante año y medio. Otras características comunes de su comportamiento sexual, son la pasividad, la baja autoestima o la vivencia del acto sexual como resultado de la presión del hombre e incluso en algunos casos, un acto "brutal".

La violación derivada de una concepción de la niña como objeto de satisfacción sexual, cuando apenas se inicia la pubertad, fue para algunas de ellas la primera forma desafortunada de unión sexual, a veces, se refirieron a relaciones incestuosas; algunas madres relataron que sus hijas han sido violadas por los padres, y objeto de los deseos sexuales de los hermanos, y de violación de los padrastros, o de los abuelos. Se produce en estos casos el terror de la niña a la sexualidad, y una fuga prematura del hogar.

Olga, bogotana, de 24 años, relata que ella fué recogida por quienes ahora dicen ser sus padres:

"Una vez cuando tenía once años, quedé sola en la casa porque mi mamá estaba en dieta de un hijo. Una noche tenía mucho frío, me desperté y ví entonces que estaba desnuda y que mi papá me estaba mirando, y traté de dormirme. Otra noche después sucedió lo mismo, pero esta vez me fritó, me golpeó y desde esa noche comenzó a maltratarme porque no accedía a sus deseos...Cuando mi mamá volvió de la dieta, le conté lo que había sucedido, me trató de mentirosa y no me creyó."

Como consecuencia de esta situación, a los 14 años resolvió irse a vivir con un hombre muy mayor, creyendo encontrar así una salida a sus problemas. De esa relación ha tenido cuatro hijos, y se ha separado varias veces.

El temor de la niña a la madre, con quien ni siquiera puede manifestarse sobre la menstruación, conlleva que se toleren abusos de los parientes, como lo manifestara Alicia, de 29 años, de origen rural, tolimense:

“He sufrido mucho en la infancia por los hombres; primero porque a los 9 años un pariente me violó como cinco veces estando en mi casa, y no me atrevía a decirle nada a mi mamá por temor a los golpes...”

Después cuando tenía 15 años, su mamá la maltrataba porque “no quería casarse con un señor veinte años mayor que ella”. Actualmente, cuando hace el amor con el marido, se acuerda de los malos tratos, sintiendo placer con dificultad.

Otra forma de violencia sexual, la vive la niña en las calles, debido a las mismas condiciones de trabajo, y al encuentro con hombres que presentan aberraciones sexuales. Martha, de 29 años, de Bogotá, dice:

“Le voy a contar dos experiencias, pues yo, como le dijera... yo de pequeña, como le dijera...un señor que trabajaba en la casa donde nosotros hacíamos las arepas, resulta que el señor entró nuevo a trabajar y tocaba ir a llevar un pedido de arepas a una parte, pero él no conocía, entonces me llevaron a mí. Yo me fuí a llevarlo, me acuerdo tanto que ese señor me empezó a tocar y todas esas cosas, no?...entonces yo en ese momento; la reacción mía, porque yo tenía seis años..., pues a tocarme, a tomarme, ya me daba miedo de ese señor y me llevó por allá... yo nunca dije nada, pero le cogí miedo a los hombres desde mi niñez... Otra vez yo estaba chatarreando, yo tenía como nueve años, y me dijo mi papá, mire hija, entre a ese lote a ver si hay algo... y ví que un hombre se estaba haciendo algo así y se paró frente mío, se subió la cremallera y todo, pero entonces se paró él, se me acercó y me apretó así... yo sentí una cosa horrible, salí del lote y mi papá me dijo, que le pasó hija, pero yo no dije nada...”

Otra forma de maltrato se establece, cuando la niña agobiada por excesivas jornadas de trabajo, abandono, estrictas prohibiciones en el hogar, establece relaciones con adultos, generalmente mayores, e inicia vida marital sin comprender de forma muy clara lo que está haciendo. En este caso, la primera relación sexual coincide con el inicio de la vida marital y con el primer embarazo.

C. CONCLUSIONES

Las actividades realizadas, las relaciones con los progenitores, la inserción en la educación formal y en general a la vida cotidiana de la niña, están ligadas a una lucha incesante por la supervivencia, y generan su vinculación prematura a las estrategias de sobrevivencia del grupo familiar. El proceso de socialización le impone a la niña el trabajo doméstico, el control de sus expresiones sexuales, de sus deseos, inhibe la creatividad y el juego, condiciones fundamentales para moldear la mujer necesaria a la sociedad patriarcal.

Durante la socialización primaria, el niño aprende a sufrir, con el castigo se establece el silencio y la tolerancia de todo tipo de adversidades, hasta confundirse la vida con el sufrimiento. Cuál es entonces la visión subyacente sobre los niños que legitima la función socializadora de los padres, y que provoca una infancia como la señalada?. Es decir, cuáles son los significantes de los socializadores sobre sí mismos, con respecto a la infancia?

En el caso de los padres de las niñas de los sectores populares de hace 25 años, parece no existir una categoría especial referida a la niñez. Apenas, ésta crecía, debía supeditarse al ritmo de la familia, garantizar su propia subsistencia, en una carrera contra el tiempo, imitando así al adulto. Parece ser una situación similar a la encontrada por Phillippe Arié, en la Edad Media en Europa hace tres siglos: "Al comienzo de tiempos modernos, y durante mucho tiempo después, los niños se mezclaban con los adultos, tan pronto se les consideraba capaces de valerse por sí mismos, sin la ayuda de sus madres; no mucho después de un destete tardío (aproximadamente a la edad de siete años), ingresaban de inmediato en la gran comunidad de los hombres, y compartían los trabajos y los juegos de sus compañeros, lo mismo viejos que jóvenes". (ARIE, P. 1976).

En otros casos se concibe al niño como un ser con inclinaciones naturales hacia la maldad, asegurándole a la función paterna, la eliminación de dichas tendencias mediante la represión o el castigo. No se aprecia la importancia del juego, de lo lúdico en el desarrollo del niño, por lo cual se inhibe y se le considera como algo inapropiado e inconveniente. Estas concepciones tradicionales orientaron también el proceso educativo en otras latitudes, como lo demuestra una autora, refiriéndose a la historia del juego de los niños en Alemania:

“Mientras a los niños burgueses se les educa con vistas a la multidiversidad o la iniciativa o la capacidad organizativa transmitida mediante el juego, a los sectores campesinos u obreros se trata de crear una disposición para vender la fuerza del trabajo... el hábito del trabajo parcelado, uniforme y físicamente destructor, educación transmitida mediante el vehículo del propio trabajo, en cuanto impedimento sistemático del juego.”

El juego en los niños de
Alemania
Historiadora del juguete y
del juego

NOTAS

¹La expresión “Madres Comunitarias” es utilizada dentro del programa “Hogares de Bienestar” del I.C.B.F, para designar a las personas de comunidades geográficas “pobres” que colocan al servicio de sus vecinos un espacio de vivienda para recibir diariamente a 15 niños (as) y asumen la atención y el cuidado de los mismos.

²Observación de un taller de Gimnasia con Madres Comunitarias de Ciudad Bolívar

³RAMIREZ, María Himelda. ROJAS Germán.

⁴Información recogida de un taller sobre sexualidad con Madres Comunitarias. C. Bolívar, julio, 1989.

BIBLIOGRAFIA

ARIES, Phillippe: **La historia de la infancia**. Citado por MUSSEN, CONGER Y KAGAN : **Desarrollo de la personalidad del niño**. Ed. Trillas México, 1976

AYALA, Ulpiano: **El trabajo infantil en Bogotá** Informe de Investigación. CEDE, Bogotá, 1981

BEAUVOR, Simone: **El Segundo Sexo**. Ed. Siglo XX. Buenos Aires, 1981.

BENEDEK, Teresa: **La estructura emocional de la familia** En: FROME. y otros: **La familia**. Alianza editorial. Madrid 1968

BERGER, Peter y LUCKMAN, Thomas: **La construcción social de la realidad**. Amorrortu Eds. Buenos Aires, 1979

CASA DE LA MUJER: **Violencia en la Intimidad**. Ed. Gente Nueva, Bogotá 1987

CRESPO, Virgilio: **El niño hacia un enfoque integrador**. Universidad de Santo Tomás. Centro de enseñanza escolarizada. Bogotá 1987

ELSCHENBROICH D. : **El juego en los niños**. Estudio sobre la génesis de la infancia. Ed. Zero, Madrid 1979

GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia: **El Gamín, su albergue social y su familia**. UNICEF, ICBF. Bogotá 1978

LORENZER, Alfred: **Bases para una teoría de la socialización**. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 2a. Ed., 1973

ROJAS, Germán: **El síndrome del niño maltratado**. En memorias del seminario sobre **Infancia y Familia en sectores marginados**. Universidad Nacional, Bogotá 1987

RAMIREZ, María Himelda: **Casos de violencia intrafamiliar**. Informe de Investigación. Universidad Nacional, Bogotá 1986

SALAZAR, Ma. Cristina: **Una experiencia de violencia: El trabajo de niños y jóvenes en Colombia**. En Rev. Texto y Contexto. U. de los Andes. Bogotá, I.IV.88

VILLAR GAVIRIA, Alvaro: **El niño otro oprimido**. Ed. Carlos Valencia, Bogotá 1982

ZULETA, Estanislao: **El pensamiento psicoanalítico**. Ed. Percepción, Medellín, 1985